

Todo cambia, hasta los clásicos



por Norberto Laterza
nlaterza@revistapalermo.net

Después del Gran Premio Martínez de Hoz (G1) que se va a correr este fin de semana en el hipódromo de San Isidro, nos quedaremos sin el mejor caballo del año pasado, Puerto Escondido. Esta decisión tomada por su dueño, Alejandro Vázquez, al que ya hemos elogiado en nuestro número anterior y que decidió llevar a su pupilo por cuenta propia a los Estados Unidos, posee, como desde hace muchos años, un efecto negativo sobre los espectáculos que se ofrecen a nivel clásico en nuestra hípica. Desde ya que no tiene ninguna responsabilidad su dueño, pero indudablemente ver en acción a un animal de su calibre es un imán que atrae a los aficionados.

Ya se sabe que nuestro turf es exportador por sobre todas las cosas, en general los propietarios sueñan con tener un ejemplar de calidad que se destaque para poder venderlo en una buena suma de dólares o euros, según el comprador que se trate. Y es natural y lógico que las cosas se den de esa manera en la medida en que las inversiones son altas y los costos de entrenamiento también, por eso no hay argumento posible que se pueda oponer a esta situación precisamente porque la posibilidad de rescatar tanto tiempo y dinero con un caballo no resiste el menor análisis. ¿Pero dónde está dentro de este panorama la gente?

Para el que va a las carreras sólo a jugar el tema no tiene ninguna importancia, aunque sí es fundamental para aquel que además de apostar también quiere ver un buen caballo en la pista. Nuestro turf ya se olvidó de lo que significaba ver a un Yatasto, Manantial, Forli y otros cracks a lo largo de una campaña de por lo menos dos años, y esto también es significa-

tivo cuando hablamos de poca asistencia a un hipódromo, aunque como ya lo expliqué, tiene su razón de ser en la posibilidad de jugar en las agencias. Sin embargo, la presencia de un gran caballo atrae al público solo para verlo y disfrutar de su estampa en un clásico en vivo. Es como cualquier espectáculo deportivo, ver un partido en la cancha tiene otros condimentos que no puede transmitir la televisión.

La cuestión es que cada vez se van más temprano los animales, muchos no llegan a cumplir los tres años cuando ya partieron hacia el exterior y otra vez vuelvo sobre el fútbol, donde sin jugar en la primera ese llevan chicos de 15 y 16 años porque después, si se consagran, cuestan una fortuna. En el turf pasa lo mismo y hay que tener mucho resto o coraje para despreciar lo que se ofrece cuando aún el potrillo o la potranca pinta para ser bueno pero le falta demostrarlo cuando enfrenta el segundo semestre. Luego la experiencia muestra que son más los que fracasan y terminan en hipódromos de tercera categoría sin cubrir las expectativas. Pero ese es un problema del que compra y no del que vende.

Volviendo a la gente me llama mucho la atención cuando empiezan las comparaciones de los veteranos que vieron otro turf, como yo, y también otros caballos. Como es muy recurrente la posición de valorar más lo pasado que lo presente, creo que uno de los secretos es que antes se corría nada más que los fines de semana como elemento a favor de los actuales, pero al mismo tiempo el crack tenía como rivales a caballos de enorme nivel, lo que pone el marcador empatado en ese aspecto. Igualmente hace pocos años tuvimos a Candy Ride e Invasor como ejemplos de que los fenómenos aparecen en cualquier época. No obstante, ambos hubieran quedado con mayor impresión en la memoria si hubieran podido crecer, uno con más tiempo corriendo aquí y otro pudiendo haberlo visto aunque sea una vez por haber hecho su campaña en la vecina orilla.